

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1'50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: cuesta de Luías, núm. 6

LA DEFENSA

Martes 22 de Octubre de 1901

Orientaciones

Significábamos en nuestro número anterior que de haber prosperado la gestión insidiosa de los enemigos del actual Ayuntamiento, se hubiera planteado aquí un precedente fatal y atentatorio a la disciplina y a la subordinación que tan necesarias son en las colectividades políticas.

Trama ruin urdida por el despecho a espaldas de toda justicia, sin otro móvil que la satisfacción de insanas ambiciones y de rencores mal comprimidos, no podía contar con la sanción ni tácita ni expresa del partido ni del jefe: de un jefe que si con su hidalga y mal interpretada benevolencia ha podido dar margen inconsciente a la formación de aspiraciones malsanas, posee talento indisputable para penetrar las intenciones, dejando al descubierto actos y proyectos fraguados en las sombras con usurpación de derechos y atribuciones que sólo y exclusivamente a él competen.

Privada del calor, de la iniciativa y de la estrategia del caudillo, la audaz y torpe acometida necesariamente tenía que resolverse en derrota vergonzosa.

* * *

Fracasada por completo la tentativa, pero sin que el fracaso prejuzgue solución alguna en las candentes cuestiones locales, una tranquilidad relativa ha vuelto a apoderarse de los ánimos de tirios y troyanos; y en tanto que los unos invierten está-tregua en acerar de nuevo sus armas en previsión del ataque decisivo, los otros devoran en silencio su despecho con murmuraciones veladas acerca de la conducta de quien, sólo por el hecho de negar su protección a las

aleves asechanzas de esa política de fratricidio, debiera ser objeto de los respetos y de los aplausos de todos.

En medio de este aparente y simulado reposo, muy parecido a la siniestra calma que precede a las tempestades borrascosas, comienzan a surgir de todos los labios augurios y predicciones para todos los gustos respecto a los acontecimientos que nos reserve el porvenir y a las probables y posibles soluciones que puedan caer en término ya próximo a esta enmarañada política fusionista local; pero temiéndose por algunos que, rotas de manera tan estrepitosa las hostilidades entre César y Pompeyo, tal vez opte el Diputado por la imposición de un tercer triunviro equidistante entre el pueblo y el Senado, que sepa mirar sin egoismos ni prejuicios por los maltrechos intereses de esta pobre y desquiciada República.

¿Será, en efecto, este el pensamiento y la solución que germinen en la mente de nuestro ilustre jefe? Mucho lo dudamos. Pero aunque lo fuera, ¿dónde está ese hombre?

Creemos de buena fé que ni toda la sinceridad de un Diógenes ni toda la entereza y diplomacia de un Catón bastarán para encontrarle.

La semilla de la discordia arrojada en campo fértil por quien nunca pudo servir lealmente los intereses del partido y cultivada cuidadosamente por consejeros pérfidos y sediciosos; el acicate sangriento de añejos enconos astutamente aguzados por la oficiosidad perniciosa de camarillas despreciables; la carencia absoluta de buenas voluntades propicias al sacrificio en aras del bien común; las diversas aspiraciones a la jefatura robustecidas aisladamente y con rapidez vertiginosa al amparo de la pasividad que hemos observado en ciertas esferas; todas estas concausas y otras que callamos, pero que no se ocultan ciertamente a la perspicacia de

nuestros lectores, han venido a erizar de dificultades insuperables el camino de esa solución.

No vislumbramos, pues, un hombre con circunstancias tales, y tan apto, tan prestigioso y tan desligado de compromisos personales, que pudiera servir de medio conciliatorio entre las opuestas tendencias que aquí predominan; medida salvadora que esos pocos atribuyen al Diputado por Vélez-Rubio como término único y decisivo del árduo problema local. Ni nadie, aunque lo hubiese, se prestaría a servir de instrumento ciego y dócil de pretensiones encontradas y perpétuamente hostiles, para venir a ser cabeza de turco entre Escila y Caribdis, con menoscabo de los prestigios y prerrogativas inherentes a la autoridad, a la independencia y al criterio personal de los llamados a regir las colectividades y los pueblos.

Planteada la cuestión en tales términos, viciada la sangre, corroidas las entrañas y faltos de cohesión los miembros todos del cuerpo colectivo, no queda otro recurso que proceder a una amputación enérgica.

Arriesgada es la operación que se impone y en extremo delicada y difícil, para la cual se requiere pulso sereno, tacto exquisito y un conocimiento íntimo y perfecto de la constitución del doliente; pero ¡cuidado! que si se ejecuta torpemente pudiera ocasionar la ruina y aún la muerte de un organismo todavía vigoroso.

Allá veremos.

UN CONSEJO

Alejado por circunstancias profesionales y por mis convicciones, de la candente lucha política, no puedo, sin embargo, considerar impasible la desastrosa influencia de las fratricidas contiendas que há largo tiempo tienen perturbadas la paz y la prosperidad de nuestro querido pueblo.